

ha elegido para manifestar exteriormente sus perfecciones ó su gloria, y para establecer el orden en la sociedad de los seres inteligentes y racionales, de los que él es el Monarca. Violar pues este orden, es uno de los mayores delitos que un sér racional puede cometer; y exponerse á violarlo, no queriendo asegurarse de su existencia, es una locura tan extraña, que no encuentro términos para calificar la criatura que fuese capaz de ello.

Ahora bien, pueblos, oid. Desde el abismo de desgracias, adonde os ha precipitado vuestra crédula confianza en una falsa sabiduría, madre del desorden y de la muerte, escuchad á la Religion que os dice: ¿Oh vosotros todos los que infructuosamente trabajais para renacer, los que sucumbis bajo el peso de las instituciones humanas, y de las doctrinas materialistas, venid á mí: naciones moribundas, venid; abandonad á esos empíricos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que acabar con la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresuraos, mirad que el tiempo insta: cada dia se debilita mas la vida en vosotras; la corrupcion cunde, la gangrena se extiende, y la disolucion va á consumarse: bien pronto ya no seréis mas que un cadáver hediondo y podrido: venid á mí, y os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*¹.

CAPÍTULO XII.

Importancia de la Religion con respecto á Dios.

Supuesto ya que hay una Religion verdadera, quiero hacer ver cuán injurioso es á Dios; y cuán criminal en el hombre el desprecio de sus dogmas y la violacion de sus preceptos.

Elevémonos sobre el imperio de los sentidos, cerremos

¹ *Matth.* xi, 28.

los ojos y apartemos por un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, que llenándola de vanos fantasmas la distraen de la contemplacion de las realidades intelectuales, y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola en el mundo corpóreo, patria fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro verdadero ser, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imagen débil, una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la grande sociedad de todos los seres inteligentes, cuyo monarca es Dios: sociedad perfecta, y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y en parte pertenece desde este mundo; pero en la cual no se le señalará fija é irrevocablemente el asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que despojado ya de la librea mortal, haya dejado de pertenecer á la sociedad mixta, en la cual orden exige que sea probado temporalmente. Comprendamos que esta última sociedad no consiste tampoco en la reunion de los cuerpos y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder Supremo, que rige y gobierna todos los seres inteligentes; porque no hay verdadera sociedad sino entre ellos; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve cuando el hombre, materializándose, no pone, digámoslo así, en la sociedad mas que su cuerpo, su accion, y sus necesidades físicas. Comprendamos en fin, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y de majestad en la coleccion de los seres materiales; si los ha sometido á leyes acomodadas á su naturaleza, y de las que depende su conservacion; es un absurdo pensar que no hay ni existe orden alguno determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, que estarán abandonadas sin regla y sin leyes al destino que se formen ellas mismas. Esto repugna á las luces mismas de la razon. Todo cuanto es, y existe, está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion la de ciertas relaciones natu-

rales entre sí, y por consiguiente la idea del orden; y de aquí viene que destruyendo el orden natural entre los seres, se destruyen los seres mismos.

Pero para concebir aun mejor la importancia del orden en la sociedad de las inteligencias, y el delito que se comete violándole, es preciso saber que desde la eternidad el Sér soberanamente perfecto, amándose con un amor infinito, gozaba en su inmenso reposo de una felicidad infinita; y que cuando resolvió crear, no debiendo nada á nadie fuera de sí, pues que no existia sino él, no pudo proponerse mas que un fin relativo á sí mismo, es decir, su gloria, ó la manifestacion de sus perfecciones infinitas.

Ahora pues, manifestar sus perfecciones, era manifestar su Sér, produciendo exteriormente una viva imagen suya, y el hombre en efecto, fué criado á la *imagen y semejanza de Dios*: Participando, aunque en un grado finito y limitado de todo su sér, fué y tuvo, como Dios, poder, entendimiento y voluntad: pudo conocer la verdad, amar el bien, y realizarlo exteriormente por sus obras.

Y á fin de que su semejanza con el Sér supremo fuese mas perfecta, quiso Dios que el hombre, concurriendo libremente á sus designios, se hiciese en cierto modo voluntariamente su imagen, arreglando el uso de las facultades con que le habia enriquecido, sobre las relaciones inmutables ó leyes eternas, que ponen, si es lícito decirlo así, el orden en Dios mismo.

Le reveló pues todo lo que era necesario que conociese de estas leyes; y la Religion, vínculo de union entre Dios y el hombre, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que esta inmortal y sublime legislacion.

Cualquiera pues que la quebranta, en cuanto está de su parte degrada al Sér eterno, le priva de una parte de su gloria, introduce el desorden en la sociedad de las inteligencias, se rebela contra la autoridad y poder que la gobierna: crimen tan grande que solo Dios podria no juzgarlo inexpiable.

Mas es indispensablemente necesario que este crimen ó se expie, ó sea castigado; porque así es como, á pesar de la culpable oposicion del hombre, los designios de

Dios se cumplen, y se restablece el orden. « La pena » rectifica el orden: el pecado es un desorden; castigar » cuando se ha pecado, es la regla. Pues por la pena se » vuelve uno al orden de que se habia separado por la » culpa ó falta cometida. Pecar impunemente es lo sumo » del desorden; porque seria desorden, no del hombre » que peca, sino de Dios que no castiga. Pero este desór- » den nunca se verificará, porque Dios no puede estar » desarreglado en nada, siendo el mismo como lo es la » regla. Y como esta regla es perfecta, y perfectamente » recta, y en ningun modo ni sentido torcida, todo lo que » no está conforme á ella se rompe, quiebra, y sentirá » el esfuerzo de la invencible é inmutable rectitud de la » regla ¹. »

Antes pues de desechar desdeñosamente la Religion, aprenda el hombre á conocerla. El despreciar es muy fácil, es un placer que la ignorancia procura á poca costa al orgullo; pero extendiendo la vista mas léjos, convendria, aun mirar á las consecuencias de este desprecio, y pensar en lo que se ha de responder al supremo legislador cuando llegue la hora de pedirnos cuenta. No basta sonreirse; Dios tambien se reirá, dice la Escritura: *ridebit et subsannabit eos* ². Pero en aquel dia formidable, que será el dia de su justicia, la criatura rebelde contemplando, y viendo con toda claridad el orden que ha violado y turbado, y admirándole desesperada, le sentirá de tal modo conforme á su naturaleza, que será para ella menos tormento concurrir á él por su suplicio, que turbarle, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder.

¿ Para qué es engañarnos? ¿ Qué ventaja nos resulta de ello? ¿ Qué es, ¡ ay! qué vale ese corto adormecimiento, que se procura á favor de algunos sofismas encantadores, que es, repito, comparado con aquel pervigilio terrible que le sucede, y al cual eternamente nada sucederá? Sin embargo hay quien se tranquilice sobre motivos tan frívolos, que me avergüenzo de referirlos. Una criatura soberbia, envileciéndose por orgullo, bus-

¹ *Médit. sur l'Évang. le.* t. I, pag. 51, édit. in-12.

² *Psaln.* xi, 4.

cará la independencia en el fondo de la abyeccion, y lisonjeándose de escapar, á fuerza de su profunda bajeza, de la vista del Sér supremo, intentará atravesar clandestinamente el mundo moral, como aquellos vagamundos miserables y oscuros que la policía ó no conoce, ó desprecia. Hasta en la humildad hipócrita de su lenguaje se reconoce el espíritu de rebelion, y la aversion á la regla. « ¿ Qué es el hombre, dice, respecto de Dios? ¿ Cómo á la infinita distancia que los separa, podría la criatura ofender al Criador? ¿ Qué le importan al Eterno los estériles homenajes, ó los locos insultos de un sér de un dia? ¿ Qué sus pensamientos, sentimientos y acciones? Débiles mortales, dejad de atribuir al Altísimo vuestras ideas mezquinas. Dios, no lo dudeis, es demasiado grande para bajarse hasta el hombre, y el hombre es demasiado pequeño para elevarse hasta Dios. »

Inteligencia degradada, ¿ es esa tu excusa? ¿ Es este el fundamento de tu estúpida seguridad en el olvido de tus obligaciones? ¿ El Sér que te ha criado es muy grande para haberte criado para sí! ¿ Es muy perfecto para que se ocupe en la perfeccion de su obra! ¿ Dios es muy superior á tí, para irritarse de que tú te prefieras á él, y de que tu voluntad se oponga á su voluntad soberana! ¿ Dios es muy sabio para haber establecido órden alguno entre sus criaturas inteligentes, y haberles prescrito leyes, y exigir de ellas que las observen! Al darte el sér te ha dicho: Yo te crio para que me adóres, ó me ultrajes, como mejor te parezca: para que me ames, ó me aborrezcas, según se antojare á tus caprichos: la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente: tu existencia aislada con nadie tiene conexion en mis consejos: vil produccion de mis manos, no mereces fije en tí mis miradas: quitate de mi vista, sal de mi pensamiento, y el tuyo sea tu ley, tu regla, tu Dios!

¿ Qué asombro! ¿ que el hombre se desentienda de todas sus obligaciones para con su Criador por las razones mismas que prueban mas ineluctablemente la importancia de estas obligaciones, y su criminalidad en violarlas! Te niegas á adorar á Dios, y ¿ por qué? porque es muy grande y perfectísimo, es decir, porque es digní-

simo de que se le adore. Rehusas obedecer á Dios, y ¿ por qué? porque es todopoderoso é infinitamente sabio; es decir, porque tiene muchos derechos á que se le obedezca. No quieres amar á Dios, y ¿ por qué? porque es infinitamente bueno, justo, santo; es decir, porque es muy amable. No me espanto ya que habiendo preparado respuestas tan perentorias, esperéis tranquilamente el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna.

Ciertamente es una prueba grande de la degradacion y caída original del hombre, el que estas extravagancias puedan hallar lugar en su espíritu. Pero, aun cuando fuesen otras tantas verdades incontestables, es necesario hacerle ver que no podría deducir de aquí ningun motivo sólido para tranquilizarse en el estado de independencia absoluta en que procura colocarse; porque la Religion nos enseña que entre Dios y el hombre hay un Mediador, que uniendo en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, llena el espacio inmenso que nos separa del primer Sér, y da á nuestros homenajes unidos con los suyos, á nuestras obras unidas con las suyas, un valor infinito. Desde entonces todos los pretextos fundados sobre la nada del hombre para dispensarse de dar á Dios el culto que exige de nosotros, se desvanecen como sombra. Nuestra flaqueza natural, que parecia desterrarnos para siempre léjos del Sér infinito, sirve aun para hacernos comprender la enormidad del crimen que cometemos violando las leyes de una sociedad, que Dios ha establecido por medios y caminos tan maravillosos.

Sabemos que existe, y la analogía sola bastaria para hacernos juzgar que deben existir inteligencias puras mas perfectas que el hombre, y miembros como él de esta excelsa sociedad, cuyo vínculo y lazo es el Mediador. Pero no nos es dado conocer plenamente la vasta jerarquía de seres espirituales, ni el conjunto de leyes que los gobiernan. Hay entre ellas algunas únicamente relativas á un estado muy diferente del nuestro, para que Dios haya querido descubrirnoslas. Nos ha dispensado la medida precisa de luz de que teniamos necesidad en nuestra condicion y situacion actual; pero nada mas. Concediendo al hombre todo lo que le es necesario para llegar á su fin, le niega lo que solo le serviría para satis-

facer su vana curiosidad; porque además de que la fe para ser meritoria debe estar mezclada de oscuridad, y parecerse, segun la expresion de un apóstol, á una lámpara que alumbrá en un lugar oscuro¹, hay un orden de conocimientos que nuestra naturaleza no puede comportar aquí abajo; y en los mismos conocimientos á que podemos alcanzar, hay un cierto grado de claridad, que léjos de sernos útil, sería peligrosísimo, y desconcertaría enteramente la economía de los designios de Dios respecto de nosotros. Nuestra libertad y nuestra existencia misma dependen de esta mezcla de luces y oscuridad. Si percibiésemos toda la grandeza del alma humana, sin descubrir al mismo tiempo las perfecciones infinitamente mas elevadas y excelsas del Sér supremo, arrebatados, sin poderlo resistir, de una admiracion desordenada de nosotros mismos, caeríamos al instante por la soberbia como el ángel rebelde. Y si Dios, recorriendo repentinamente el velo que le cubre, nos permitiese contemplar una pequeña parte de su gloria, el alma transportada y fuera de sí, rompería los lazos que la detienen, y quebraría sus órganos, cuya fragilidad no podría resistir á la impetuosidad de sentimientos que esta vista excitaria en ella.

Se ve pues, que las leyes generales de la Religion se modifican segun la naturaleza de los diferentes seres que une, y conforme á los diferentes estados en que ellos pueden encontrarse. Así el hombre, sér misto ó compuesto de alma y cuerpo, tiene obligaciones relativas á su doble naturaleza y á su condicion presente; y como no se conserva, ni sus potencias se desenvuelven sino en el estado de sociedad, Dios tuvo cuidado de establecer una sociedad depositaria de las leyes destinadas á arreglar el uso de estas facultades, ó á poner orden en todo el hombre, tanto en sus pensamientos, como en sus deseos y obras: sociedad *espiritual* y á un mismo tiempo *visible*, porque el hombre es espíritu y cuerpo: sociedad *una*, porque la Religion es una; sociedad *universal*, porque la Religion es universal; sociedad *perpetua*, porque la Religion es perpetua; sociedad *santa*, ó perfecta, porque está regida y gobernada por leyes perfectas, bajo la autoridad de un Monarca perfecto.

¹ B. Petri. Ep. cap. II 1. 19.

Cualquiera que se separa de esta sociedad fundada por el Mediador, y gobernada por él, no poseyendo, ni conservando ya ningun derecho al beneficio de la mediacion, se priva (cuanto es de su parte) de todo medio de comunicar con Dios. Le usurpa la gloria que el querría sacar de los homenajes de su criatura, divinizados por su union con los del Mediador, y se declara demasiado grande para necesitar de la mediacion del hombre-Dios para unirse al Sér infinito. Se hace él mismo un Dios, oponiendo su razon á la razon divina, que ha juzgado necesaria la Encarnacion para establecer esta admirable y asombrosa sociedad del hombre y de su Hacedor: Desecha y desprecia la señal mas grande de amor, que ha podido darle el Todopoderoso. Desdeña sus beneficios, se rebela contra sus voluntades, turba la armonía de la creación, y donde el Eterno, principio inmutable de todo bien, habia querido realizar una imágen de sus perfecciones, le obliga á contemplar el mal. Ciertamente se forman una idea bien extraña de Dios los que le suponen insensible á tal ultraje. Quanto mas perfecto es, tanto mas opuesta es la indiferencia á su naturaleza. Odia soberanamente el desorden; lo aborrece, como el hombre su destruccion, con la diferencia, de que este aborrecimiento en el hombre es un sentimiento ciego y limitado, y el odio del desorden, reglado en Dios, prescripto, ordenado por su sabiduría infinita, es tan infinito como ella.

Ahora bien, siendo indudable que la Religion comprende y abraza en sí todas las leyes á que el hombre debe obedecer; desechar la Religion, es desechar, es desaprobar de una vez todas las obligaciones; es romper á un tiempo todos los vínculos de la sociedad de los seres inteligentes, y constituirse en el estado mas completo y horroroso de desorden, en que una criatura libre se puede hallar. El cielo y la tierra pasarán antes que un delito tan enorme llegase á quedar impune; porque el trastorno de la naturaleza física, y la aniquilacion misma del universo, serian un mal infinitamente menor que la violacion de una regla sola de la justicia.

La poca importancia y estimacion que se afecta hacer de la Religion, proviene de que no se la conoce; y la

mayor desgracia es que se cree conocerla, porque se ha oído hablar mucho de ella, y porque cada uno por su parte ha hablado también, sin tener de ella otra idea que la que por casualidad se ha formado bajo la influencia de mil preocupaciones, y de tantos intereses opuestos á la verdad; cuantas eran sus pasiones. Si se comprendiese solamente que la Religion es en el mundo moral el único medio de establecer y conservar el orden, se podría aborrecerla sin duda; como se puede aborrecer á Dios; pero no se menospreciaría. El delito de los que la quebrantan, no sería menos enorme, pero sería menos estúpido. Escogerían á la manera que Luzbel, entre el bien y el mal, con conocimiento. La perversión de la voluntad no se extendería hasta la razón. Asombrarían al mundo por su audacia desesperada, pero no excitarían esa compasión humillante, que inspira su desden fatuo é imbecil.

Entiendan, pues, que Dios al criar al hombre á su imagen, es decir, capaz de conocer, de amar y obrar con libertad, no habiendo tenido otro designio que manifestar sus perfecciones, ha querido que las leyes inmutables de su sabiduría fuesen la regla de sus potencias, de su entendimiento y voluntad, ó lo que es una misma cosa, quiso establecer en el hombre, imagen suya, el mismo orden que en sí mismo.

Esto supuesto, no hay duda que la Religion llena eminentemente este importante fin; y desde luego lo primero: ella ordena los pensamientos del hombre, arreglándolos por la ley eterna de la verdad. Le enseña á conocerse á sí mismo, á conocer al Mediador que le une á Dios, y á conocer al mismo Dios; de suerte que posee implícitamente todas las verdades, pues que posee á Dios, que es el principio de ellas. Esto no es decir que abrazando por todas partes al sumo Sér, se pueda formar de él una noción exenta de oscuridades; no, porque este conocimiento comprensivo es peculiar del mismo Dios. Viéndose por un solo acto de su poderosa inteligencia cual es en sí, y según todo lo que es, no es para sí mismo sino un gran pensamiento; y confundiendo en algún modo todas sus perfecciones en la idea inmensa del Sér, que es la mas positiva de todas las ideas, no

puede el mismo definirse sino por esta sublime afirmación: *yo soy el que soy.*

Mas la inteligencia humana, por el hecho mismo de ser limitada, nada percibe con esta perfecta claridad. Lo que ignora oscurece mas ó menos lo que conoce; porque teniendo cada parte relaciones necesarias con el todo, es preciso conocer el todo para conocer perfectamente la menor de sus partes. De donde nace que la razón nada comprende perfectamente. Una débil y vacilante luz señalará apenas algunos perfiles exteriores, algunos ligeros rasgos de los objetos que considera. Pero luego que quiere penetrar lo íntimo de su naturaleza, densas y espesas sombras detienen sus miradas, y la repelen hácia la ignorancia de que pretendía salir. Hé aquí su condicion tan triste como irremediable, cuando está reducida á buscar la verdad por sus propias fuerzas. Incapaz de afirmar y de negar, fluctuando perpétuamente á merced de probabilidades contrarias en el vasto mar de la duda, no podrá jamás fortalecer y corroborar el pensamiento del hombre hasta hacerle tan firme é inalterable como el pensamiento de Dios¹: y sin embargo esto es indispensable para que nuestra inteligencia sea verdaderamente la imagen de la inteligencia divina tan infinita en certidumbre como en extension. ¿Quién vendrá pues al socorro de esta débil inteligencia? ¿Qué mano poderosa la levantará hasta esta altura? ¡O hombre! ¿Quién pondrá en tus labios trémulos aquella palabra que debes pronunciar con igual firmeza y seguridad que Dios mismo: *El es el que es?* La Religion. ¿Y cómo? No pienses que ella vaya locamente á cargar la razon con el peso de la verdad infinita que no podría soportar. No: suplirá la flaqueza de la inteligencia con la fe. Despues de haber probado su autoridad divina, mandará al hombre que crea lo que no puede

¹ Tengamos presente que todas las comparaciones y semejanzas que se toman de las cosas humanas respecto de las divinas: *plus habent dissimilitudinis quàm similitudinis.* El hombre es ciertamente hecho á la imagen y semejanza de Dios; pero no es una imagen perfecta que lo exprese todo: esto está reservado al Verbo, que es la verdadera imagen de su sustancia.

comprender, y pondrá en sus creencias, infinitas en su objeto, é infinitamente ciertas, porque se apoyan en un testimonio divino, el mismo orden que existe en las ideas de Dios; y como unas mismas verdades son conocidas por la misma fe de todos los seres inteligentes, hay sociedad entre ellos y el supremo Sér que las ha criado para sí.

El Mediador es el vínculo esencial de esta sociedad; pues por él es por quien conocemos á Dios. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo*¹. Ciertamente en nosotros mismos no podríamos encontrar esta sublime idea, que encierra el infinito. ¿Qué digo esta? no hallamos en nosotros mismos ni una verdad sola²; todas nos vienen de fuera: la razón no es más que la capacidad de recibirlas; reconocerlas y combinarlas; y á causa de nuestra doble naturaleza, para que se nos hagan perceptibles, es preciso que se revistan de una forma sensible, y por decirlo así, que se encarnen. La palabra es como el cuerpo, que nos hace visibles las ideas, las cuales se borran de nuestro espíritu con su expresión. No debe pues sorprender-

1 Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. *Matth.* xi, 27.

2 Suponemos que M. de La Mennais habla de las verdades sobrenaturales, como lo indica en varias partes del capítulo, y en este único sentido es cierto que la razón no es más que la capacidad de recibirlas, de reconocerlas y combinarlas; pero si quisiese extender este principio á las verdades naturales, no podemos convenir en principios, ni en sus consecuencias. En esta hipótesis, el entendimiento, la más noble de todas las potencias, sería la única criada por Dios, sin medios, sin virtud *propia* para conseguir su objeto *proporcionado y connatural*; y por consiguiente un hombre, criado en los bosques, no teniendo quien le comunicase la verdad, obraría sin libertad, y sin pecado aun en las acciones de suyo más criminales, y viviría en la imposibilidad de conocer á Dios. No creemos que para negar á la razón la soberanía en orden á la verdad, sea justo privarla de la más noble de sus atribuciones, cual es, *inquirir, investigar y hallar* la verdad proporcionada á su capacidad. De lo contrario todas las ciencias son inútiles; y con solo formar la *historia* de las poquísimas verdades que contienen, nos veríamos libres de aquella terrible verdad, que forma gran parte de la pena del pecado original: *qui addit scientiam, addit et laborem*.

nos que no conozcamos á Dios mismo¹ sino por su *Palabra* ó su *Verbo*; ni que esta palabra inmaterial, queriendo comunicarse á nosotros, sin alterar nuestra naturaleza, se haya revestido de ella: *y el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros*²; porque en el orden establecido era preciso que tomase cuerpo para *hablar* á nuestro entendimiento. La Sabiduría eterna, sin dejar de ser lo que era, se ha puesto en relación con el hombre, quedando también él lo que es; y la unión de la divinidad con la humanidad en la Persona del Verbo representa rigurosamente la unión que vino á establecer entre Dios y el linaje humano. *Yo he venido*, dice el mismo Hombre Dios, *á traer al mundo la verdad*, ó según la expresión admirable del Evangelio, *para darla testimonio*; es decir, no para hacerla comprender al hombre perfectamente, lo que es imposible, sino para declararle que ella es, y lo que es ella misma; ó para manifestarle sin equivocación la verdad, y su verdadero carácter: *el que ama la verdad, me oye*³. De este modo, la certidumbre del testimonio reemplazando á la certeza de la evidencia, el hombre ha podido, sin mudar de naturaleza poseer plenamente la verdad infinita; *ha podido hacerse hijo de Dios*, ó entrar en sociedad con él, porque la familia es la imagen y elemento de toda sociedad; y todo esto libremente, porque si el entendimiento no es libre para dejar de asentir á la evidencia, la voluntad lo es siempre para *escuchar* ó no un *testimonio*, para admitirle ó desecharle, y así es como el hombre creyendo, sin ser forzado á ello, por una evidencia intrínseca é invencible, rinde voluntariamente á Dios un homenaje digno de él: verdadera adoración en espíritu y en verdad, que consiste en reconocer la dependencia infinita en que está nuestra razón de la razón divina por una sumisión perfecta á su palabra.

No bastaba sin embargo haber promulgado la verdad,

1 Como autor sobrenatural. Véase la nota 3 de la página 187.

2 Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. *Joan.* i, 14.

3 Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam. *Joan.* xviii, 37.

era tambien necesario proveer á su conservacion, porque su reino debe ser eterno; era necesario preservarla de todo vicio ó mezcla de error, y hacerla accesible y de fácil conocimiento á todos los hombres por un medio ó camino análogo á su naturaleza. Jesucristo, ó el Mediador, llenó maravillosamente este grande objeto; y en el medio que escogió, se admira á un tiempo un tan profundo conocimiento del hombre, que no podia pertenecer sino á un Sér sobre-humano, y aquel hermoso carácter de unidad tan particularmente propio de las obras de Dios. Y en efecto, ¿qué hace? ¿Escribe su doctrina en un libro? ¿Procura circunvalarla de tantas pruebas de razon que el entendimiento no pueda menos de adherir á ella? Esto es sin duda lo que hubiera tratado de hacer un filósofo. ¿Pero quién no ve que atendida la debilidad de nuestro entendimiento, esto hubiera sido abrir un campo mas vasto á las dificultades, y que dirigiéndose de este modo á la razon del hombre, y por el hecho mismo autorizándole á no admitir sino lo que concibiese plenamente, se habria levantado entre él y el Sér incomprendible una barrera insuperable? Jesucristo, desdenando todos los vanos apoyos de las opiniones, descendiendo hasta el fondo de nuestra naturaleza para sentar en ella y cimentar el fundamento de la perpetuidad de la Religion. Conserva la verdad en el pensamiento del hombre, como el pensamiento mismo se conserva, por la palabra trasmitada¹; y para asegurar su trasmision, une con vínculos exteriores é indisolubles á los que ha unido interiormente por la misma fe; los constituye en sociedad bajo un gobierno de que él es cabeza; en una palabra, funda su Iglesia. Enviado por su Padre, envia él tambien á su tiempo pastores á quienes reviste de su autoridad: *Id y enseñad á todas las naciones, y sabed, que ya estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos*². Y así como él decia de sí mismo: *el que me ha enviado*

1 La tradicion.

2 Euntes docete omnes gentes, ... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. *Matth.* xxvii, 19, 20.

*es veraz, y yo digo al mundo lo que le oí*¹; así estos pastores dirán tambien: *El que nos ha enviado es veraz, y nosotros decimos al mundo lo que hemos oido de él.* Simples testigos, deponen de lo que han oido á su Maestro, y su testimonio no es otro que el de Jesucristo, *que ha prometido estar con ellos todos los dias*, sin interrupcion alguna; así como el testimonio de Jesucristo es el testimonio de Dios que le ha enviado, y dice de él: *ese es mi hijo muy amado*; oidle². Por esta razon añade Jesucristo: *el que á vosotros oye, á mí me oye, y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia, quien á mí me desprecia, desprecia al que me envió*³. Para entrar en sociedad con Dios, ó segun la expresion del Evangelio, *para hacerse hijo suyo*, es necesario recibir la verdad de la Iglesia *docente*, así como ella la recibió de Jesucristo, y Jesucristo la recibió de su Padre: recibirla con toda seguridad y fe, *fide*, porque este es en la tierra el único medio de poseerla; y la mas pequeña duda seria una injuria á la autoridad infinita que la atestigua. Salid de aquí, haced intervenir á la razon para juzgar si debe admitir ó no, ó si ha de desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, y al punto el magnífico é inmenso edificio de la Religion trasportado fuera de su cimiento, y estribando sobre esta frágil base, se desploma por todas partes, y oprime bajo sus ruinas á la presuntuosa razon, que se habia creído capaz de sostenerle.

Obligados pues á oír á la Iglesia, y apoyándose el órden de la sociedad espiritual sobre su testimonio, el de Jesucristo, y el de Dios, hay tres grados correspondientes de desórden, ó tres grandes crímenes contra la verdad: porque se la puede atacar negando el testimonio de la Iglesia, ó el testimonio de Jesucristo, ó el del mismo Dios; negaciones que constituyen los tres sistemas generales de error expuestos é impugnados en el principio de esta obra.

El primero, que es la *herejia*, consiste segun la signi-

1 Qui me misit, verax est; et ego quæ audivi ab eo hæc loquor in mundo. *Joan.* viii, 26.

2 Hic est Filius meus charissimus: audite illum. *Marc.* ix, 6.

3 Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem vos spernit, spernit eum qui misit me. *Luc.* x, 16.